

N.º
48

Teoría y Praxis

Editorial Universidad Don Bosco - El Salvador

Vol. 24, N.º 48 marzo-agosto 2026 pp. 84-92
ISSN 1994-733X
e-ISSN 2707-7411

ANTIQUA ET NOVA


Nota sobre la relación entre la inteligencia artificial y la inteligencia humana

ANTIQUA ET NOVA

Note on the Relationship Between Artificial Intelligence and Human Intelligence

<https://doi.org/10.61604/typ.v24i48.542>
<http://hdl.handle.net/11715/2881>

José Edmundo Aguilera Umaña
Investigador independiente
El Salvador

 **Correo electrónico:** au240013@alumno.udb.edu.sv
ORCID: <https://orcid.org/0009-0002-0602-4954>

¹Estudiante de maestría en Teología en la Universidad Don Bosco



Los artículos de la Revista Teoría y Praxis de la Universidad Don Bosco, El Salvador, se publican bajo los términos de la Licencia Creative Commons: Reconocimiento, No Comercial, Compartir Igual 4.0

I. Cuestiones aclaratorias

La Nota *Antiqua et nova*, publicada el 28 de enero de 2025 por el Dicasterio para la Doctrina de la Fe y el Dicasterio para la Cultura y la Educación, constituye una intervención significativa del Magisterio ordinario de la Iglesia ante uno de los fenómenos más decisivos de nuestro tiempo: el desarrollo acelerado de la inteligencia artificial (IA). Aprobada expresamente por el Romano Pontífice y mandada publicar. Esta Nota se inscribe en el ámbito del magisterio ordinario auténtico, solicitando a los fieles el *obsequium religiosum* del entendimiento y de la voluntad, conforme a *Lumen Gentium* n. 25.

El documento responde a una realidad que el mismo Papa Francisco ha descrito como un verdadero «cambio de época» (n. 4), en el que la IA influye de manera transversal en la vida personal y social: relaciones humanas, educación, trabajo, arte, sanidad, derecho, economía, guerra y relaciones internacionales. Ante este escenario, la Iglesia no adopta una postura tecnófoba ni ingenuamente optimista, sino que propone un discernimiento teológico y ético enraizado en una antropología integral y en los principios de la Doctrina Social de la Iglesia.

La finalidad de *Antiqua et nova* no es definir nuevos dogmas ni ofrecer soluciones técnicas, sino iluminar, advertir riesgos, precisar conceptos y proponer criterios que orienten el desarrollo y el uso de la IA al servicio de la dignidad humana y del bien común.

1. Naturaleza y alcance magisterial de la Nota

En la praxis eclesial contemporánea, una *Nota* es un documento de orientación doctrinal y pastoral emitido por un Dicasterio de la Curia Romana para abordar cuestiones nuevas o complejas. A diferencia de una Encíclica o una Exhortación apostólica, no constituye un acto magisterial directo del Papa; sin embargo, cuando es explícitamente aprobada por él —como ocurre en *Antiqua et nova*— adquiere autoridad magisterial y requiere asentimiento religioso.

Este género documental se caracteriza por su función aclaratoria y orientadora: no define verdades de fe, sino que articula principios teológicos, antropológicos y éticos para guiar la conciencia cristiana ante realidades inéditas. En este sentido, la Nota se presenta como un instrumento privilegiado para el diálogo entre fe y razón, tradición y novedad, sabiduría antigua y desafíos tecnológicos contemporáneos.

2. El problema de fondo: un desafío antropológico y ético

El núcleo del discernimiento propuesto por *Antiqua et nova* es la relación entre la inteligencia humana y la inteligencia artificial. El documento identifica un riesgo fundamental: la tendencia a equiparar funcionalmente ambos tipos de «inteligencia», reduciendo la comprensión del ser humano a procesos computables y evaluándolo en función de su eficiencia o productividad.

Desde esta perspectiva, el problema es doble:

1. Antropológico: porque una visión funcionalista puede erosionar la comprensión cristiana de la persona como unidad de cuerpo y alma, abierta a la verdad, al bien, a la belleza y a la comunión con Dios y con los otros.

2. Ético-social: porque la delegación acrítica de decisiones a sistemas algorítmicos puede diluir la responsabilidad moral, reforzar desigualdades, favorecer la manipulación y consolidar el paradigma tecnocrático.

La IA, aunque capaz de simular ciertas operaciones asociadas a la racionalidad, no piensa, no posee conciencia moral, no establece relaciones auténticas ni puede asumir responsabilidad ética (n. 12). Por ello, no debe ser comprendida como una forma alternativa de inteligencia, sino como un producto de la inteligencia humana (n. 35).

3. Antropología integral y límites de la IA

Uno de los aportes centrales del documento es la recuperación de una comprensión integral de la inteligencia humana, enraizada en la tradición filosófica y teológica cristiana. La inteligencia no se reduce al cálculo ni al procesamiento de información, sino que involucra razón e intelecto, corporeidad y relacionalidad, apertura a la verdad y orientación al bien.

La IA, por el contrario, opera mediante inferencias estadísticas, procesamiento de datos y correlaciones probabilísticas. Aunque sus capacidades analíticas son notables, permanece confinada a un ámbito lógico-matemático. Carece de corporeidad, de historia personal, de experiencia vivida y de interioridad espiritual. Por ello, no puede reproducir el discernimiento moral, la empatía auténtica ni la dimensión contemplativa propia del ser humano.

Por consiguiente, establecer una equivalencia fuerte entre IA e inteligencia humana conduce a una visión reductiva de la persona y pone en peligro el reconocimiento de su dignidad intrínseca, que no depende de capacidades, rendimiento ni utilidad social, sino de haber sido creada a imagen de Dios.

II. Resumen del documento

Introducción (nn. 1–6)

La Nota abre con el horizonte bíblico de Mt 13,52: «con antigua y nueva sabiduría» (n. 1), invitando a leer el desafío tecnológico desde la creación: el ser humano, hecho «a imagen de Dios» (Gen 1,27), recibe el don de la inteligencia para cultivar y custodiar la tierra (Gen 2,15), como afirma la Nota en su numeral 1. La Iglesia reconoce el valor de la ciencia y la técnica como cooperación humana con Dios en el perfeccionamiento de la creación, y subraya que las capacidades creativas, usadas rectamente, glorifican a Dios (n. 2).

El texto sitúa el núcleo del problema: la IA busca imitar la inteligencia humana (n. 3), puede producir textos e imágenes indistinguibles, y por ello se vuelve un factor en la crisis de verdad del debate público (n. 3). Además, su capacidad de «aprender» y tomar decisiones introduce

cuestiones nuevas de responsabilidad ética y seguridad, repercutiendo en toda la sociedad (n. 3). La Nota ubica la IA en el centro del «cambio de época» (n. 4), y afirma el objetivo del discernimiento: mitigar riesgos, prevenir daños y orientar la IA al progreso humano y bien común (n. 4).

La Iglesia ofrece su aportación desde la «sabiduría del corazón» (n. 5), exhortando especialmente a quienes transmiten la fe (n. 5). Metodológicamente, anuncia el recorrido: (a) distinguir el concepto de «inteligencia» en humanos y en IA, (b) fundamentar una visión cristiana integral de la inteligencia humana, y (c) proponer líneas de acción para que la IA respete dignidad y desarrollo integral (n. 6).

La inteligencia artificial y el desafío antropológico (nn. 7–12)

La Nota ofrece una descripción sobria de la IA, recordando su definición moderna desde 1956 como intento de reproducir comportamientos considerados inteligentes (n. 7). Los sistemas actuales —denominados «IA débil»— se caracterizan por ejecutar tareas específicas mediante inferencias estadísticas y aprendizaje automático (n. 8). Aunque estos sistemas pueden producir resultados sorprendentes, la Nota advierte contra el uso equívoco del término «inteligencia», cuando se aplica de modo indistinto a la persona humana y a las máquinas (n. 10). El problema de fondo es antropológico: si la inteligencia se reduce a rendimiento funcional o capacidad de cálculo, se empobrece la comprensión del ser humano. Por ello, el documento afirma con claridad que la IA puede simular procesos, pero no «pensar» en sentido humano (n. 12). Esta distinción resulta decisiva para evitar reduccionismos que amenacen la dignidad personal.

3. La inteligencia humana en la tradición cristiana (nn. 13–35)

El núcleo teológico de la Nota se encuentra en su exposición de la inteligencia humana desde la tradición filosófica y teológica. Con Aristóteles y santo Tomás de Aquino, se distingue entre *intellectus* y *ratio*, mostrando que el conocimiento humano no se agota en el razonamiento lógico, sino que incluye intuición, contemplación y apertura a la verdad (nn. 14–15).

Esta inteligencia es siempre encarnada: el ser humano es unidad de cuerpo y alma, y su conocimiento está mediado por la experiencia corporal y relacional (nn. 16–17). Además, la inteligencia es intrínsecamente relacional, pues se desarrolla en el encuentro con los otros y se enraíza, en última instancia, en la comunión trinitaria (nn. 18–20).

La Nota subraya que la inteligencia humana es un don «para captar la verdad» (n. 21), y que el deseo de verdad orienta al ser humano más allá de lo empírico, abriéndolo a la trascendencia (nn. 22–23). En este horizonte, se afirma una comprensión integral de la inteligencia que incluye creatividad, intuición, sabiduría práctica y contemplación. De manera significativa, el texto recuerda que «para salvar lo humano hacen falta la poesía y el amor» (n. 27).

Desde esta visión, se establecen claramente los límites de la IA: carece de corporeidad, de historia personal, de discernimiento moral y de relaciones auténticas (nn. 30–32). Por ello, equiparar la IA con la inteligencia humana conduce a un funcionalismo que mide la dignidad por la utilidad, mientras que la dignidad humana es intrínseca por estar fundada en la imagen de Dios (n. 34). La IA debe ser entendida como producto de la inteligencia humana, no como su equivalente (n. 35).

4. El discernimiento ético ante la IA (nn. 36–48)

La Nota afirma que la tecnología no es moralmente neutra: expresa visiones del mundo y opciones éticas (n. 36). Aunque reconoce los beneficios históricos del progreso técnico, advierte que no toda innovación constituye auténtico progreso (n. 38). El criterio fundamental de evaluación es la dignidad intrínseca de la persona y su orientación al bien común (n. 42).

Un principio central del documento es la responsabilidad moral: solo la persona humana es agente moral; las máquinas no pueden asumir responsabilidad ética (n. 39). Por ello, se exige transparencia, rendición de cuentas (*accountability*) y control humano efectivo sobre los sistemas de IA (nn. 44–46). El discernimiento ético debe

considerar no solo los fines, sino también los medios y la visión antropológica que subyace a cada aplicación tecnológica (nn. 40–41).

5. Aplicaciones y ámbitos concretos (nn. 49–107)

La quinta sección aplica los principios anteriores a diversos ámbitos de la vida social. En el plano social, la IA puede promover el desarrollo, pero también aumentar desigualdades y concentrar poder, reforzando el paradigma tecnocrático (nn. 49–55). En las relaciones humanas, la IA no puede sustituir la empatía ni el encuentro personal, y su antropomorfización constituye un engaño éticamente grave (nn. 56–63).

En el ámbito del trabajo y economía, la Nota reconoce oportunidades, pero advierte sobre la deshumanización y la exclusión si la tecnología se impone sobre la persona (nn. 64–70). En sanidad y educación, insiste en que la IA debe apoyar, pero nunca reemplazar, la relación humana esencial (nn. 71–84). Se denuncian con fuerza los riesgos de desinformación, vigilancia y *social scoring* (nn. 85–89), el derecho a la privacidad y control (nn. 90–94), así como el impacto ambiental de las infraestructuras tecnológicas (nn. 95–97).

Particular gravedad reviste el uso de la IA en contextos bélicos. La Nota afirma un principio categórico: «ninguna máquina debería elegir jamás poner fin a la vida de un ser humano» (nn. 98–103). Finalmente, se advierte contra la tentación de absolutizar la tecnología y convertirla en sustituto de Dios, lo cual constituye una forma moderna de idolatría (nn. 104–107).

6. Conclusión: la verdadera sabiduría (nn. 108–117)

La Nota concluye afirmando que el aumento del poder tecnológico exige un crecimiento proporcional en responsabilidad ética y madurez espiritual (n. 108). La cuestión decisiva no es si la IA progresa, sino si el ser humano se hace «verdaderamente mejor», más consciente de su dignidad y más abierto a los demás, especialmente a los más vulnerables (n. 109).

Frente al reduccionismo digital, el documento propone recuperar una sabiduría del corazón, que no puede ser delegada a las máquinas (nn. 113–114). Esta sabiduría integra verdad, bien y caridad, y permite orientar la tecnología al servicio de la fraternidad, la justicia y la casa común. En última instancia, la perfección humana no se mide por la cantidad de datos procesados, sino por el grado de caridad vivida (n. 116).

En consecuencia, la Nota sitúa este discernimiento en un horizonte explícitamente cristológico: los creyentes están llamados a ser agentes responsables que orienten la IA hacia una visión auténtica de la persona y de la sociedad, comprendiendo el progreso tecnológico como parte del designio creador de Dios y ordenándolo al Misterio Pascual de Jesucristo, en la búsqueda constante de la Verdad y del Bien (n. 117).

III. Valoración crítica personal

La Iglesia no es únicamente depositaria de la fe recibida, sino también su custodia responsable, llamada a velar para que el contenido de la revelación confiada por Cristo no sea deformado, relativizado ni sustituido. A lo largo de más de dos mil años de historia, el cristianismo ha debido afrontar múltiples intentos — externos e internos— no solo de reinterpretar de manera reductiva el depósito de la fe, sino incluso de debilitar o eliminar a la Iglesia misma como sujeto histórico y comunitario de la revelación.

En este contexto, el desarrollo de la IA no puede ser interpretado únicamente como la cúspide del progreso científico y tecnológico, sino también como una expresión ambigua del deseo humano de autosuficiencia, que en ocasiones roza la tentación de crear un «dios» a su propia medida. Este riesgo, señalado implícitamente en *Antiqua et nova*, no radica en la tecnología en sí misma, sino en una comprensión antropológica empobrecida que absolutiza la capacidad técnica y desplaza la apertura a la trascendencia.

Ante este escenario, considero que los cristianos afrontamos uno de los desafíos más decisivos de nuestro tiempo: estudiar seriamente la IA, comprender su lógica, sus algoritmos y sus límites.

Solo desde un conocimiento riguroso y crítico será posible discernir su verdadera función y valorar con lucidez tanto sus riesgos como su potencial, particularmente en el ámbito de la evangelización y de la comunicación de la fe en un mundo digitalizado.

Por ello, no se trata de temer a la tecnología ni de rechazarla de manera acrítica, sino de acercarse a ella con responsabilidad ética y discernimiento espiritual, reconociendo que la IA es una obra del ingenio humano llamada a servir al ser humano y no a sustituirlo. Cuando su uso se orienta desde una antropología integral y una ética del bien común, la IA puede convertirse en una herramienta privilegiada para la misión evangelizadora de la Iglesia, siempre subordinada a la dignidad de la persona y a la centralidad del Evangelio.

Finalmente, todo ello ha de ser asumido *Ad maiorem Dei gloriam* (para la mayor gloria de Dios), a quien pertenece toda sabiduría auténtica y ante quien toda obra humana encuentra su verdadero sentido.